



Carlo Galli
La humanidad multicultural

discusiones

katz

CARLO GALLI, *La humanidad multicultural*, traducción de Juan Ramón Azaola, Katz, Buenos Aires y Madrid, 2010, 78 pp. ISBN 978-84-92946-03-7.

CARLO Galli, graduado en filosofía por la universidad de Bolonia en 1972, se ha dedicado desde 1978 a la docencia y la investigación en el ámbito de la filosofía política. En esta obra, aborda las ideas de “humanidad” y “cultura”, mostrando diversas acepciones y presentando sus antinomias y paradojas, así como la condición de ambas en el contexto de la globalización, con el fin de adelantar posibles propuestas que afronten adecuadamente el marco en que nos encontramos.

Por un lado, expone el concepto de “humanidad” y sus contradicciones inherentes. El término se refiere tanto a la máxima abstracción (*humanidad* como unidad, en Pablo) como a la máxima concreción (*humanidad* como el conjunto de la totalidad compleja de particulares/idades). “Humanidad es ser sujetos y al mismo tiempo objetos de la razón” (p. 13), podemos leer. Aquí muestra la posición de Feuerbach, que mantiene que la humanidad debe conocerse primero a sí misma para conocer el mundo. Esto es rebatido por Heidegger, quien expone que, si la humanidad se conoce, es porque se sitúa a sí misma entre las esencias objetivas que hay que conocer. De hecho, llega Heidegger a la afirmación de que lo más alto y no negociable que poseemos es nuestra condición de *homo sapiens* como especie, sin distinción clara al respecto de los demás animales. El resorte último es la capacidad dia-

léctica, política. Este punto es capital. Encontramos también el uso de “humanidad” como “lo contrario a la barbarie” (concepción que se basa en la compasión por los “semejantes”) y alusiones a Marx al respecto de la alienación y su puntualización de que la idea de “humanidad” no es producto del hombre, sino del individuo moderno. Menciona Galli, además, la postura feminista en su fase post-igualitaria (no se puede negar la dualidad de la especie). Por último, sentencia el autor que la idea de “humanidad” es “el sueño de una cosa”, y no “una cosa”.

El segundo apartado está dedicado a la idea de “cultura”. Parte Galli de la definición de Cicerón (“es la sociedad que consiste en la identidad de estirpe, nacimiento y lengua” y, añadiríamos hoy, religión) para mostrar que la “humanidad” en sentido unitario es un conjunto diferenciado, complejo y articulado de particularidades, donde coexisten diferentes “culturas”. Las culturas tienden, desde la antigüedad, a excluir de su concepción de “humanidad” a los Otros, los que no quedan dentro de sus límites. Esto genera una antinomia aparentemente insalvable entre “humanidad” y “cultura”, “la cultura es lo que divide a la humanidad” (p. 35), dice Galli. El único espacio común entre las diferentes “culturas” es el espacio abierto de la dialéctica, de la política, como capacidad, sin otros principios que la acción misma. Puede decirse, pues, que la dialéctica/política es la “cultura” común humana.

El contexto de la globalización muestra un planeta en que los antiguos límites de las fronteras, continentes de culturas, se han diluido en la red total de intercomunicaciones. Todas las culturas se entremezclan y no pertenecen a un territorio determinado y claro, no están geográficamente localizadas con claridad. La humanidad



está compuesta de un conjunto de “culturas” que habitan la totalidad del globo; el marco de la actualidad es el de la “humanidad multicultural”, de una relación de proximidad (física) y distancia (cultural).

Menciona el autor a este respecto posibles direcciones de acción política a tomar (insatisfactorias en nuestro contexto) que pasan por la asimilación plena del extranjero (al que se le pide que ceda a las exigencias ético-políticas de la cultura en que ingresa al inmigrar a un territorio determinado) o la integración, donde el individuo no es ya hijo de una cultura concreta (o converso a una cultura concreta) sino ciudadano, en el Estado de Hobbes. Para Galli, la vía adecuada es tomar como único punto de partida la dialéctica entre culturas, puesto que jerarquizar principios es ceder a la preferencia por una cultura particular, y que en rigor es simple contingencia, y esto no es admisible en el contexto de la “humanidad multicultural”. Todas las culturas deben quedar relegadas a un mismo nivel de poder, y la articulación política debe estructurarse en base a la negociabilidad y la contingencia, sin más principio que la dialéctica entre distintos puntos de vista. Surge la necesidad de obviar la desigualdad sin omitir las diferencias. La igualdad tomada como objetivo, no como un dato. Las culturas deben dialogar mediante su “traducibilidad” en el sentido que expone Walter Benjamin. El traductor entra en el juego con su lengua propia y deja que esta sea sacudida por la lengua del otro. El traductor debemos ser todos. “La cultura es dialéctica” (cultura entendida aquí como espacio común de todos los particulares). El conflicto surgirá, pero esto es inevitable. La aspiración es que no enmudezca el diálogo para convertirse en guerra sino que se tome como herramienta la política, base dialéctica mediante la cuál estructurar un mundo en que no podemos priorizar determinadas posiciones, “no hay finalidades últimas, no hay ideas a realizar de una vez por todas”. La política debe establecer su principio en la dialéctica y la contingencia para estar a la altura de la pluralidad de visiones contenidas en la “humanidad multicultural” de la era de la globalización.

Fernando Vidagañ Murgui